

POLKINGHORNE, J. (ED.), *La Trinidad y un mundo entrelazado*, Verbo Divino, Estella, 2013, 287 pp.

El tema de la Trinidad, que en los siglos anteriores parecía dormido en los manuales de teología y en algunas oraciones de la liturgia, ha venido a situarse desde el fin del siglo XX en el centro de atención de numerosos pensadores y creyentes de varias tendencias. Son muchos los que en este tiempo quieren comprender de alguna forma su sentido desde varias perspectivas. Este nuevo y más hondo interés trinitario se debe a varias causas:

El redescubrimiento del Jesús histórico, no sólo en la alta teología, sino en la vida del común de los cristianos, que empiezan a saber y sentir que él (Jesús) marca su identidad y define el sentido de su Dios. Las especulaciones sobre el Logos-Hijo Eterno, y sobre la Trinidad Inmanente (Dios en sí) pasan a segundo plano, y viene a ponerse en el centro Jesús, que abre un camino hacia de Dios, que no aparece ya como esencia eterna, ni como absoluto metafísico, sino como su Padre, fuente del Espíritu. En esa línea, los cristianos han descubierto que la Trinidad no es un problema de lógica, ni una especulación abstracta sobre la esencia de Dios (y del “tres en uno”), sino la experiencia y despliegue del Dios Padre de Jesús, que resulta inseparable de su proyecto de Reino y del despliegue de su vida, tal como culmina en la Pascua de Resurrección y en el envío o presencia del Espíritu Santo. Eso significa que la Trinidad forma parte del despliegue profundo de la historia humana, tal como se centra en Jesús; no es una realidad de “otro mundo”, sino la profundidad de éste.

El magisterio Pontificio. De un modo también importante, el interés por la Trinidad ha crecido en muchos círculos católicos por la orientación doctrinal del magisterio de los últimos papas, cuya insistencia en el carácter trinitario del cristianismo ha resultado sorprendente, en especial, a lo largo del pontificado de Juan Pablo II (1977-2005), tal como vino a reflejarse en sus tres encíclicas programáticas. (1) *Redemptor Hominis* (1979), puso de relieve el hecho de que hombre necesita ser redimido, añadiendo que sólo hay un camino para ello: La gracia del Dios, que se encarna en el hombre Jesús y actúa por su Espíritu. (2) *Dives in Misericordia* (1980) recupera la experiencia y teología del Dios bíblico, insistiendo en el hecho de que el Padre de Jesús sigue siendo el mismo Dios Yahvé del Antiguo Testamento, portador y donador de su Espíritu Santo. (3) *Dominum et Vivificantem* (1986) ha destacado la identidad y tarea del Espíritu Santo. Ésta ha sido bíblica y teológicamente la más audaz y más rica de las tres encíclicas, tanto en plano ecuménico (acercamiento a la Iglesia Ortodoxa), como de búsqueda del constitutivo personal del Espíritu Santo en el interior de la Trinidad y en su acción santificadora, desde una perspectiva de amor-relación. Este encí-

clica ofrece un lenguaje nuevo, más en consonancia con las ciencias, conforme al estilo de pensamiento de Juan Pablo II.

La nueva orientación de la filosofía y de la ciencia. La teología trinitaria había sido uno de los espacios más fecundos del pensamiento cristiano (siglo II-VI d.C.), pero después había quedado relegada, de manera que muchos la acusaron de irracional y absurda (empezando por los ilustrados del siglo XVIII, siguiendo por Kant, y culminando en los científicos mecanicistas). Pues bien, el nuevo pensamiento dialéctico y, en especial, un tipo de ciencia más abierta al enigma de la materia y de la vida (en clave de relación), y sobre todo a la identidad del hombre, se atreven a dialogar hoy ya sin miedo sobre el pensamiento trinitario, sin presupuestos teóricos, sin aire de superioridad (ni de la ciencia, ni de la teología), con deseo de entender y de aprender, unos de y con otros.

En esa última línea se sitúa este libro, dirigido por J. Polkinghorne (*1930), que fue profesor de Física Matemática en la Universidad de Cambridge, y que renunció a su prestigiosa cátedra para ordenarse como presbítero en la Iglesia de Inglaterra, dirigiendo desde entonces la Sociedad Internacional para el Estudio de la Ciencia y de la Religión. A su interés se debe este libro en el que recoge 13 trabajos de científicos, filósofos y teólogos (de varias confesiones, en especial ortodoxos, como K. Ware y J. Zizioulas) muy significativos que recogen y exponen temas vinculados con la visión de una realidad abierta (relacional) que, sin duda, no “demuestran” que Dios es Trinidad, pero que, sin duda, nos ayudan a entender la realidad y a situarla en un espacio que está abierto a lo divino. Este libro es una “buena noticia” para científicos (que superan por fin su corsé mecanicista) y para teólogos y cristianos (que dialogan de nuevo con la ciencia, sin imposiciones dogmáticas externas y sin complejos de inferioridad. – *Xabier Pikaza*